Epoca IV — Barcelona 18 de noviembre de 1914 — Número 236

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

PELIGROSA DESVIACIÓN

II

De la carta de Kropotkine, parangonada con la de Bakunine, publicada en nuestro número del 4 del corriente, entresacamos esta significativa frase: "aquí, con los compañeros ingleses, hacemos todo lo posible para apresurar el envío de refuerzos".

Fíjese el lector: *refuerzos* quiere decir *soldados regimentados y dispuestos para la guerra.*

Sabido es que el ejército inglés se forma por alistamiento voluntario. En Londres particularmente, en los sitios públicos, plazas o paseos, donde pernoctan al aire libre los numerosos ciudadanos hambrientos que viven sin domicilio en aquel emporio de la civilización y de la riqueza, suelen presentarse con frecuencia unos sargentos que ofrecen a los jóvenes desesperados *el chelín de S. M.* El que acepta, y aceptan casi todos más por hambre que por patriotismo, se convierte en recluta. ¿Desempeñarán los anarquistas londinenses el papel de ganchos reclutadores con el fin de salvar la libertad europea? (¡.....!).

Charles Albert ha hallado a última hora que "la palabra *anarquista* es nebulosa, y la ha cambiado por la más clara, a su parecer, de *socialista revolucionario.*" La afirmación es perfectamente ridícula y ni merece refutación. Aquí sí que puede decirse que las cosas son del color del cristal con que se miran. Si Albert ve las cosas amarillas, señal de ictericia; póngase en cura. Conste, no obstante, que la palabra *socialismo* se adoptó en Francia precisamente por su vaguedad, por no decir *comunismo* y para que se toleraran las sociedades obreras mutualistas, según dice Kropotkine en *La Gran Revolución.*

Los anarquistas italianos exponen en su manifiesto los cuatro puntos siguientes:

1.° "*Hay quienes, atrincherados tras formulismos, no han querido ver la realidad.*" Aquí la palabra *formulismo* parece destinada a empequeñecer y aun ridiculizar el ideal, a fin de que los que en él se apoyen para determinar su conducta aparezcan como fanáticos apartados del positivismo de la vida. Si tal es la intención, es una indignidad; los anarquistas, lejos de atrincherarse tras formulismos, puede decirse que queman las naves para sacrificarse en defensa del ideal. Bien al revés de lo que hacen los cucos que justifican debilidades más o menos declarables con lo que llaman *la realidad.*

2.° "*Esperan que un fuerte hálito de humanidad caliente la fría rigidez del ideal.*" Lenguaje propio de torpes reformistas, incapaces de comprender que el ideal no es únicamente una especie de tierra de promisión, sino también y principalmente una guía, una orientación para marchar con seguridad por la vía progresiva.

3.° "*Conocen que su esperanza está íntimamente ligada a la situación burguesa.*" ¡Donosa declaración! En esa ligadura está el error aceptado y la injusticia cometida contra los que se conservan fieles a los principios anarquistas y al ideal emancipador. Ligarse con los tiranos para sacrificarse por la libertad resulta conforme con la lógica del absurdo.

4.° "*Sostienen que el internacionalismo sólo será posible cuando las naciones sean libres*", que es lo mismo que sostener que el efecto es anterior a la causa. Aparte de que las naciones, como fracciones humanas enrediladas en sus cercados nacionales y sometidas a sus pastores, no pueden ser libres, lo impiden las fronteras y la autoridad que dentro de ellas domina.

La sorpresa que nos causa Malato es más sensible todavía, en atención al merecido prestigio de que goza este buen compañero. Tendría razón si para sostén de la Anarquía sólo existiera media docena de anarquistas comparables a los frailes bizantinos; pero si ha querido decir que los principios anarquistas son ya solamente aceptados por corto número de individuos y que la gran mayoría se halla de acuerdo con Charles Albert, la afirmación es inexacta y mala en alto grado.

Los principios anarquistas que evidencian el fracaso de la burguesía, que animan la historia de medio siglo y que han sido enaltecidos por numerosos mártires que sucumbieron en el destierro, en los presidios y a manos de verdugos o frente a pelotones de ejecución, brillan con todo su esplendor y constituyen el único y exclusivo programa progresivo de la humanidad.

Nunca la verdad, la abstracción que representa el conocimiento de la esencia íntima y de la vida de los seres, de las cosas y de sus relaciones, se sometió a circunstancias convencionales. Lo contrario sería declarar que la sociedad humana gira sobre un eje cuyos polos están representados por el antiguo Breno, que lanzó el ¡ay de los vencidos!, y por el moderno Bismark, que declaró ¡la fuerza prima el derecho!

Sobre todo, jamás se midió el valor de una idea por el número de sus expositores y defensores: la verdad desnuda brilla y deslumbra por sí sola en su perfecta belleza; al revés del error, que necesita templos y palacios suntuosos, coronas, títulos, condecoraciones, homenajes hipócritas, sumisión servil, tribunales, penitenciarías, ejércitos y pagar bien a sus servidores para evitar la traición.

El proletariado emancipador, el ideal anarquista, antes del actual conflicto promovido por la guerra hegemónica, tropezó con la guerra económica, y sobrevino la desviación mutualista cooperativa, y con la guerra política, y se produjo el socialismo parlamentario. Ahora parece inevitable una desviación patriótica. Ya lo sabemos: el atavismo reclama su tributo; pero los atávicos no quisieran dejar censores tras de sí, y tratan de evitar la vergüenza y la deshonra llevando el anarquismo al cuartel y al campo de batalla; y eso, por prestigiosos e influyentes que sean los neo-patriotas, no lo lograrán, no y mil veces no. Recordemos las nobles y leales declaraciones de los anarquistas de Chicago, análogas a las de los que forman la lista del martirologio mundial. ¡La vida por la Anarquía!

Si todo el mundo renegara y retrocediera, un solo anarquista bastaría para abrir vía al progreso como Colón descubriendo el Nuevo Mundo, como Newton la gravitación universal, como Galileo el movimiento de la Tierra, como Copérnico el sistema planetario y como tantos otros que, en un momento dado, por sí solos, valieron para la verdad y la justicia más que toda la humanidad contemporánea.

Compañeros: paso franco al retroceso de los pesimistas; apartémonos de su contacto; dejadles cuadrarse ante el general Joffre en demanda de un fusil patriótico y preparémonos a reorganizar y fortalecer la vida del proletariado emancipador cuando sobrevenga la paz para luchar, no ya contra los soldados alemanes, sino contra los propietarios y los mandarines de todo el mundo.

Los socialistas españoles

ANTE LA GUERRA

"Nosotros, los socialistas, somos partidarios de la neutralidad, pero tenemos grandes simpatías por una parte de los beligerantes.

»Si España estuviera en otras condiciones, si no atravesara estas tristes circunstancias, nosotros iríamos donde van nuestras simpatías.»

(Pablo Iglesias en el Congreso)

Al estallar el actual conflicto europeo, hemos visto como el torbellino guerrero arrastraba a los más consecuentes enemigos del militarismo, a los que en todo tiempo y ocasión protestaban del desarrollo de los armamentos, diciendo que éstos serían inútiles, pues en el caso de declararse la guerra ellos y todo el pueblo se opondrían a ella con la revolución.

Después de los socialistas alemanes, han sido los belgas y los franceses los que se han dejado llevar de la corriente guerrera, y que no se diga que la enfermedad patriótica ha atacado sólo a la masa socialista; las principales personalidades del socialismo, no sólo se han apresurado a coger las armas para defender la *patria*, sino que, hasta los que estaban exentos del servicio militar, los que como Hervé habían dedicado las mayores energías de su existencia a combatir lo que ahora, en estos momentos de *supremo peligro* para la "Democracia", abrazan, han escrito una ridícula carta al más alto personaje de Francia, ofreciéndole sus servicios en beneficio de la patria.

Y hemos visto también, como en estos instantes de peligro para la sociedad capitalista, han acudido presurosos a apoderarse del sostenimiento, formando parte de los ministerios en los momentos que más debieran aprovechar para más combatirlos.

Todo esto no me extraña; lo concibo; son efectos del patriotismo, que cual nueva peste, se ha apoderado de todos los hombres nacidos en unas u otras naciones de las beligerantes.

Lo que no me explico, lo que no concibo, lo execro y condeno con toda energía, es que los socialistas españoles, siguiendo el señuelo de que la actual guerra es la lucha del Militarismo contra la Democracia, digan en el Congreso por boca de su representante, que ellos sienten simpatía por una parte de los beligerantes y que si no fueran las circunstancias propondrían que que España fuese a la guerra contra Alemania, que es la que odian al parecer. Esto es indigno. No quiero defender a los alemanes, pero su proceder en la guerra es el que emplean todas las naciones: la destrucción. ¿Que ha destruído poblados? ¿Que han derribado edificios, que eran un portento artístico religioso? ¿Y qué? ¿Qué esperábais de la guerra? ¿Qué es lo que han hecho y hacen las demás naciones? ¿Ya os habéis olvidado de los boers, de los indios ingleses, a los que ha destruído y *civilizado* la liberal Inglaterra? ¿Y la Polonia rusa? ¿Y Marruecos y la Argelia? De continuar la lista sería interminable, pero esto baste para demostrar que ninguna de las naciones por las que los socialistas sienten simpatías, es más demócrata que las otras, por las que sienten odio, desmintiendo con este proceder la más hermosa de todas las concepciones de La Internacional: "Todo el mundo es patria".

El Partido Socialista español no puede afirmar sus simpatías por ninguna de las naciones hoy en guerra. Sabido es de sobra que los que pagamos las consecuencias de estas luchas somos nosotros, los que no poseemos nada, los explotados, los tiranizados de siempre, y tan compañeros son los soldados alemanes como los franceses; tan enemigos nuestros son los tiranos de Francia como los de Alemania.

Yo acaso debido a mi escasa cultura, no plantee bien el *asunto* o no lo comprenda en todas sus fases; pero si sé que la guerra, cualquiera que sea su causa, es un delito de lesa humanidad, en el que los trabajadores desempeñamos siempre el papel de víctimas, salgan derrotadas o vencedoras nuestras respectivas patrias.

Y si el Partido Socialista, no puede demostrar sus inclinaciones por unos en perjuicio de los otros, menos podrá desear que España vaya a la guerra en beneficio de aquellos por quienes sienten sus *simpatías.*

Estudiando detenidamente el segundo párrafo, que dice. "Si España estuviese en otras *condiciones;* si no atravesara por tristes *circunstancias*, nosotros iríamos donde van nuestras simpatías". Más claro: si España fuese una potencia bien armada, iríamos a pelear contra los alemanes. Es decir, yo así lo entiendo; a no ser que las *condiciones* y las *circunstancias* fuesen otras y los que fuesen a donde van sus *simpatías* fuesen sólo los que forman parte del Partido Socialista obrero. Yo no lo entiendo a no ser de una de estas dos formas, y si hay mala interpretación de mi parte, espero me saquen ellos del error, pues yo no me atrevo a creer que hayan llamado traidor a Lerroux por querer lo que Pablo Iglesias dijo, con la sola diferencia de las *condiciones* y de las *circunstancias.*

Los anarquistas estamos por la neutralidad de España en el conflicto europeo, pues todo aquel que no lo esté no es anarquista aunque lo diga, y deja de serlo, aunque lo haya sido toda la vida, y estaríamos igual a pesar de todo.

Esta es la declaración que yo deseo hagan los socialistas. O aprueban las palabras de su *leader*, o las desautorizan. Eso es lo que espero para saber a qué atenerme.

AVELINO GONZALEZ

LA PATRIA

Nuestros padres y nuestros abuelos, nuestros descendientes todos han sido víctimas de esta palabra mágica, la patria, una de las que más se han prestado a los equívocos y a las mentiras y por cuya causa se ha derramado más sangre humana.

¡Imposible calcular el número de los por ella engañados y de los que ha conducido al sacrificio!

Necesario es, pues, poner fin a tanto mal exponiendo lo que es y señalando a los que la explotan.

—

Nuestras madres, imbuídas de esa odiosa preocupación, entre otras muchas, nos arrullaron con cantos patrióticos y nuestros padres nos entretenían con narraciones guerreras, y así hemos crecido, oyendo hablar siempre de los que vivieron a expensas de la guerra o de los que murieron en los campos de batalla.

Ha habido verdadera complacencia en hacernos admirar como héroes a los hombres más sanguinarios.

En nuestros tiernos cerebros, en vez de desarrollar los buenos sentimientos de amor y de humanidad, se han cultivado los malos, el instinto batallador, brutal y cruel.

En vez de hacernos admirar la bondad y compadecer a los débiles se nos ha hecho glorificar la guerra y respetar la fuerza.

Nuestros primeros juguetes fueron sables, fusiles, cascos y banderas; se nos acostumbró, desde la más tierna edad, a que nos gustara el uniforme, mezclándole en nuestros juegos, y a manejar con cierta predilección esos instrumentos de destrucción y muerte; durante la velada, a la luz de la lámpara de la familia y esperando el sueño reparador de nuestros juegos bélicos, empleábamos el tiempo removiendo soldados de plomo; nuestras delicias, como descanso de haber jugado a los soldados o de haber corrido delante de los regimientos, consistían en matar en efigie muchos prusianos con cañones de cobre o de madera en fortalezas de cartón.

Nuestros libros de lectura contenían muchas narraciones de actos heróicos sobre los campos de batalla, quedando limitado espacio para hablar de los hombres de ciencia, de arte, de los grandes inventores, de los que a veces pierden su vida en un experimento científico o en un generoso impulso por salvar o auxiliar a sus semejantes.

—

La patria, dicen, es el país en que hemos nacido, en que vivimos, en que trabajamos y en donde participamos de la vida común. Es preciso, pues, amar nuestro país.

¿Pero no le amamos acaso los que queremos la felicidad por la concordia entre los que la habitan; del mismo modo que deseamos que sean felices por la paz todos los que habitan al lado opuesto de las montañas, de los ríos y de los mares? ¿No le amamos los que no establecemos diferencia en nuestro amor entre los que habitan cerca de nosotros y los que viven en países lejanos, que se diferencian de nosotros por el color, por el idioma y por las costumbres?

Nuestro país, dicen, es Francia, al que debemos, no sólo amar, sino servir eficazmente.

Pues, ¿qué quiere decir Francia, como España, como Rusia, como cualquiera de estos distintos nombres nacionales que tanto abundan?

¿Es una palabra a la cabecera de un papel oficial? ¿Es un trozo de tela de determinados colorines? ¿Es un gobierno, una administración o, lo que es lo mismo, algunos improductivos revestidos de autoridad que ponen la cara seria para que se les respete y se les tema, sirviendo así de alcahuetes de la explotación y del privilegio? ¿Es una sucesión de reyes, de emperadores y de generales? ¿Es una extensión de territorio, tales ríos y tales montañas, tales llanuras y tales poblaciones?

Lo mismo para nosotros, franceses, que para un español, para un alemán, para un inglés, etc., nada de eso constituye nuestro país. Todo eso carece de valor y de significación donde no se trate de hombres y mujeres agrupados con objeto de producir y de consumir todo lo necesario para la vida humana. Nuestro país no puede ser sino obra de vida común y solidaria. Por consecuencia, el patriotismo verdadero, el único y activo, consiste en dedicarse todo lo posible, cada uno según sus medios, a mejorar las condiciones generales de existencia en el seno de cada nación.

Los únicos que tienen derecho a decir que aman su país, porque lo prueban, son los que trabajan, los que producen. El labrador inclinado sobre la tierra, el obrero que fabrica, el inventor, el sabio y el artista que crean bienestar y belleza para todos; los revolucionarios, que por su energía y su ejemplo impulsan a las multitudes tímidas a ganarse cada vez mayor cantidad de justicia social ¿no son verdaderos patriotas?

Pero ese patriotismo no es de encargo, no es oficial, no es el que se enseña en la escuela; no es tampoco una religión ni una mentira, ni un recurso para obligar a la servidumbre. He aquí por qué nuestros gobernantes y nuestros conservadores no le admiten; esas gentes necesitan un patriotismo estrecho que sea una religión embrutecedora como todas las religiones; quisieran un patriotismo fanatizador, porque el fanatismo es un excelente medio para gobernar a los hombres.

Es preciso que con sólo pronunciar la palabra Patria, los inconscientes se dejen conducir a todas las aventuras, a cometer todos los crímenes o a absolver y glorificar a cuantos le cometan. Es necesario que con esa palabra se avasalle, engañe y embrutezca de padres a hijos, como se viene haciendo de un siglo a esta parte.

Todas las infamias, todas las crueldades, todos los negocios fraudulentos, todos los programas falsos han tenido esta divisa: Patria. Por el influjo de esa palabra se nos encierra durante tres años para convertirnos en esclavos o víctimas de la brutalidad de los mandarines.

Por la patria se nos arruina con los impuestos; por la patria se nos despoja de nuestro dinero; por la patria pasamos diez, doce y aun catorce horas diarias encorvados sobre un trabajo de bestias por un salario de hambre.

Para que los productos nacionales triunfen en el mercado internacional, los obreros nacionales deben perecer de hambre y de fatiga. Sin embargo, nuestros patronos, buenos patriotas, prefieren los obreros extranjeros cuando éstos consienten trabajar por menor jornal que los compañeros compatriotas de esos patronos, y si encuentran materiales o productos extranjeros más baratos que los nacionales, se apresuran a emplearlos.

Si se trata de un convenio internacional entre los patronos para estrujar más al obrero, el proyecto se realiza pronto; pero cuando quieren probarnos que debemos permanecer pobres, débiles y resignados, valerosos y honrados en el trabajo, los patronos, los ricos, los funcionarios y los gobernantes invocan el común acuerdo, el interés de la patria.

La palabra Patria sobresale en los programas en que los candidatos del día prometen las mismas reformas que los de las generaciones pasadas prometían a nuestros padres y a nuestros abuelos.

Mientras domine la religión de la patria, es decir, hasta que no veamos claro el juego de sus sacerdotes, permaneceremos en la esclavitud. Basta ya de mentiras, de absurdos y de equívocos; ya es tiempo de acabar con esa siniestra comedia. A los que con cualquier pretexto dicen siempre: "la patria exige", "el país reclama", ciérreseles la boca definitivamente.

La patria, o somos nosotros mismos o no es nada.

Siendo así nadie mejor que nosotros mismos puede saber lo que nos conviene.

La patria es una palabra vana. Por ella fué instituído el ejército y por ella se conserva.

L. al S.

(Buenos Aires).

RÁPIDA

La sangre corre empapando la tierra y dando un tinte rojo al mar, por la locura de unos entes que, no contentos con la esfera en que se hallan, quieren ser los dioses de este desdichado mundo.

En las filas de los ejércitos beligerantes hay sabios, filósofos, poetas y sociólogos de todos los matices, acechándose frente a frente para devorarse, sea de la forma que sea. La Universidad, el laboratorio, la mesa de trabajo... están desiertas, porque el ardor bélico ha cegado a los llamados a guiar hacia la paz universal a los pueblos. Podemos decir a voz en grito, sin temor a ser tachados de ilusos, que esos hombres, reconocidos un día como conductores de rebaños hacia el destello de la ciencia, más que otra cosa son bestias que crean para destruir más tarde.

¿Habrá entre tantos alguno que tenga coraje para crear y recrear y más crear? ¡Veremos!

JUAN GALLEGO CRESPO